

PRESENTACIÓN

En enero de 1920, Manuel Azaña presentó, desde Francia, su dimisión como secretario del Ateneo y se dio de baja como socio de la Filarmónica y de la Sociedad Nacional de Música. Parece como si, con motivo del nuevo año y a punto de cumplir los cuarenta de su edad, hubiera querido romper todos los vínculos que le ataban a Madrid y permanecer por tiempo indefinido en el extranjero, enviando crónicas a los periódicos y ayudándose con traducciones para Calpe, Espasa, la CIAP y otros editores. En algún momento pensó en trasladarse a Italia, pero el 17 de marzo de 1920, cansado de la «vida activísima» que había llevado en Francia, escribía a José María Vicario: «Ya pronto voy». Regresó, en efecto, con su íntimo amigo Cipriano de Rivas Cherif a Madrid, tras un viaje por la frontera del Este, a principios de abril de 1920.

Y ahí lo tendremos de nuevo, manos a la obra, fundando y dirigiendo con Cipriano una revista literaria de periodicidad mensual, gracias al mecenazgo de un «ricacho bilbaíno», Juan Echevarría, y a la generosidad de un ilustrado madrileño, Amós Salvador, que puso a disposición del proyecto de los dos amigos las quinientas pesetas mensuales de su dieta como diputado. En junio de 1920, *La Pluma* saludaba a sus lectores y les anunciaba los valores estéticos que guiarían su existencia: sobriedad, pureza de líneas y claridad, éstos eran los «estigmas de la obra del talento acendrado por la disciplina»; eso pretendía ser *La Pluma*, agrupando a su alrededor a un corto número de escritores que «sin constituir escuela o capilla aparte, están unidos por su hostilidad a los agentes de la corrupción del gusto y propenden a encontrarse dentro del mismo giro del pensamiento contemporáneo». Quiénes eran esos escritores se iría viendo en las entregas publicadas con frecuencia mensual hasta su desaparición, con el número 37, en junio de 1923; quiénes no eran lo dejaron también claro desde el principio, en una *Palinodia* que levantó algunas ampollas.

A los trabajos de dirección y confección de *La Pluma* se añadió desde enero de 1923 la dirección de *España*, la revista que Ortega había fundado en 1915 y que Luis Araquistáin había dirigido hasta diciembre de 1922. Salvada de la desaparición definitiva gracias, de nuevo, a Amós Salvador, en sus páginas se repite a menudo, ahora con frecuencia semanal, la presencia de su nuevo director, otra vez con su firma lo mismo que con seudónimos y anónimos. Era demasiada exigencia cargar con las dos revistas, y Azaña y Rivas dejarán morir *La Pluma* para dedicarse por completo a sacar cada siete días *España* a la calle: si en la primera llegó a su madurez literaria, aquí alcanzará su madurez como crítico de la política. Y no es extraña esta coincidencia en el tiempo porque al cabo la literatura en Azaña es siempre introspección en su yo, mientras sus incursiones en la crítica de la política y la sociedad no pueden entenderse como mero ejercicio de un analista distante, sino como tarea de alguien que, en lugar de ver la procesión desde el campanario, se mete en ella. De ahí que Azaña pueda simultanear la crítica de la guerra de Marruecos con las sucesivas entregas de *El jardín de los frailes*, o someter a duro análisis el legado político de Joaquín Costa a la

PRESENTACIÓN

vez que comenta las tesis de Keynes sobre la paz cartaginesa impuesta por los aliados a los vencidos tras el armisticio.

Es sorprendente la variedad y riqueza de temas, insólita entre escritores de su misma generación, que Azaña aborda en la multitud de piezas publicadas entre 1920 y 1924 en las dos revistas y recogidas íntegramente por vez primera en esta nueva edición de sus obras. Nada de lo que importa en los años veinte queda sin tocar: una atención creciente al problema en el que naufragará la monarquía constitucional, la guerra de Marruecos, y a la presión y chantaje que sobre los presidentes de Gobierno y la Corona ejercen las juntas militares; una crítica acerba y distanciada del papel que en la concentración liberal toca desempeñar al Partido Reformista; una curiosidad atenta a libros y autores poco conocidos en España, de los que ofrece reseñas informativas; una demoledora crítica a Ángel Ganivet y a la generación del 98 y a la confusión reinante en torno a su significado político; una exigencia de coherencia a ese intelectual que hoy clama contra el rey y mañana va a visitarlo, don Miguel de Unamuno; una evocación novelada de la experiencia educativa y religiosa de un adolescente de fin de siglo en El Escorial; un lamento por la deriva que toman el Partido Reformista y los intelectuales que, siguiendo a Ortega, optan hacia 1923 por la abstención y la retirada.

De todas esas inquietudes que dan vida a la vasta producción de Azaña durante estos años, la que determinará el rumbo de su biografía es la ruptura con el reformismo como inmediata reacción al golpe de Estado de Primo de Rivera en septiembre de 1923. Clausurada así una etapa de diez años, antes de que el Directorio militar le cierre la revista *España*, Azaña invita desde sus páginas a los socialistas Julián Besteiro y Fernando de los Ríos a convertirse en los batidores de un movimiento conjunto, de esa acción positiva a que concurren «los intelectuales con los obreros organizados». No había más futuro que reclamar para los intelectuales una acción política que los empujara a una alianza con la clase obrera. La fórmula concreta no podía ser otra que la de una «nueva conjunción republicano-socialista capaz de oponer al bloque avasallador de las fuerzas oscurantistas coligadas, la resistencia primero, la contraofensiva después, de la voluntad liberal latente so la mentida resignación del país [...] Trabajemos con paciencia por convertir en una sola fe política las dos grandes corrientes de pensamiento republicano y de la acción socialista de Pablo Iglesias».

Tal será la sustancia de su *Apelación a la República*, un manifiesto escrito por Azaña en mayo de 1924 y puesto a circular en el verano de ese mismo año y desde La Coruña por «unos cuantos» que habían dicho que no a lo de septiembre de 1923 «y que siempre diríamos otras cien veces no a lo mismo». En ese punto, la máxima intransigencia, síntoma de la honradez: si alguien se define liberal y se muestra transigente en los principios, no será «un hombre honrado». Transigentes habían sido los reformistas y así les había ido, con su proyecto de hacer la experiencia monárquica barrido por la escoba de un general. En adelante, nunca habrá posible justificación para la transigencia: para Azaña, monarquía es igual a absolutismo y democracia es igual a república. Pero si el principio es irrenunciable, la estrategia tendrá que ser lo más abierta posible: la acción por la república habrá de descansar en un frente amplio, un organismo cuyo centro sea republicano pero que avance flanqueado a su izquierda por las fuerzas organizadas del proletariado, y a su derecha por el sector de la burguesía liberal que se preste a colaborar en una reforma cons-

PRESENTACIÓN

titucional. Desde la publicación de este manifiesto y de sus análisis de la Dictadura, que aparecen en Francia y Argentina, la necesidad de una coalición que se extienda desde la clase obrera a la burguesía será una constante en el pensamiento y en la acción de Manuel Azaña, que no dejará de recordárselo a sus amigos socialistas cada vez que la ocasión se presente.

No resultó fácil imprimir el manifiesto ni fueron muchas las adhesiones recibidas. Lo que Azaña entendía por burguesía liberal se mantenía a la expectativa, los republicanos habían desaparecido de la escena y la clase obrera organizada, o sea, los socialistas, habían aceptado colaborar con la Dictadura incorporándose a la Organización Corporativa Nacional, creada por el dictador para encauzar las relaciones laborales. Azaña se encuentra políticamente solo en el preciso momento en que se ha quedado sin *La Pluma* y sin *España*, mientras su íntimo amigo, Cipriano, emprende sin consultarle unas giras teatrales por España y América. Privado de aquella *amistad particular*, deprimido y a disgusto, porque además tiene que dar cobijo durante unos meses en su casa a la familia de su hermana, sufre continuas neuralgias y algún esporádico insomnio, no aparece por el Ateneo, no escribe, y está a punto de cometer un disparate sentimental del que hubiera tenido que arrepentirse toda la vida. Más adelante, cuando eche la vista atrás, recordará el año 1925 como el más triste de su vida.

De esa actitud cercana a la indolencia le salvaron dos incitaciones, la primera de índole política; la segunda, histórico-literaria, como va siendo norma de su vida. José Giral y Enrique Martí Jara le introdujeron en un pequeño grupo que se reunía todas las semanas en el laboratorio de la farmacia que el primero regentaba en la calle de Atocha y al que acudían también Luis Jiménez de Asúa, Ramón Pérez de Ayala, Luis Araquistáin, Honorato de Castro y Teófilo Hernando. En aquella rebotica comenzaron a trabajar «en la preparación de la República» y allí fraguó el proyecto de aunar las distintas modalidades del republicanismo español hasta lograr «una alianza, cordial y lealmente pactada», cuyo primer manifiesto, de 11 de febrero de 1926, proponía «el restablecimiento de la legalidad por la convocatoria de unas Cortes Constituyentes, elegidas mediante sufragio universal, en las cuales lucharemos por la proclamación del régimen republicano». De esas reuniones surgirá el partido del que muy pronto será jefe indiscutido y representante en la Alianza Republicana.

Pero ante la apatía política generalizada en los primeros años de la Dictadura, nada tiene de raro que Manuel Azaña se deje llevar también por la incitación literaria y la curiosidad histórica: «¿Qué va a hacer uno en estos tiempos como no sea dedicarse a la literatura?», preguntará a Julián Besteiro un 2 de mayo de 1927, cuando recibe de éste palabras alentadoras por la reciente publicación de *El jardín de los frailes*. «Yo ahora no escribo más que de don Juan Valera», había escrito a Cipriano en marzo de 1924, cuando forzado por la censura se vio obligado a suspender la publicación de *España*. Y en abril de 1925, vuelve a repetirlo: no dejo de trabajar en lo de Valera. Sumergido en su sabrosa correspondencia, se animó a presentar una *Vida de don Juan Valera* a la convocatoria de los premios nacionales de literatura, llevándose uno de ellos. No del todo satisfecho con su primer texto, Azaña fue sacando de su investigación varios opúsculos —*Valera en Rusia*, el «Prólogo» a una edición de *Pepita Jiménez*, el cuaderno literario titulado *La novela de Pepita Jiménez*, la conferencia «Asclepigenia y la experiencia amorosa de Juan Valera» y, en fin, *Valera en Italia*— muy superiores al ejemplar premiado, que se había dado por desaparecido.

PRESENTACIÓN

Mientras dedicaba buena parte de su tiempo y energía a don Juan Valera, Azaña sometía a una durísima crítica el *Idearium español*, de Ángel Ganivet, objeto de un segundo «rebrote de gloria póstuma» al llegar sus restos a Madrid en marzo de 1925. Con esta ocasión, su interés por la historia vuelve a remontarse aguas arriba, hasta el siglo XVI, de donde la tradición liberal había derivado el gran relato de una historia de libertad nacida en los concejos y en las Cortes de Castilla e interrumpida y desviada de su curso por la entronización de un monarca extranjero. Partícipe de esta visión, Azaña rechazó, por una parte, la afirmación de Ganivet sobre la supuesta ignorancia de sus respectivos intereses que habría afectado por igual a los dos bandos combatientes y, por otra, la atribución a los comuneros de la defensa de la política tradicional mientras Carlos V representaría la tendencia innovadora y europea. Los comuneros, escribe, sabían lo que querían y se organizaron para defenderlo. Contra ellos se levantó, no un monarca extranjero, sino la clase nobiliaria, brazo militar del Emperador para aplastar la rebelión. Fue «una guerra social, una contienda de clases», añade, inaugurando así una nueva visión de la guerra de las Comunidades.

La dedicación a estos trabajos renueva en él la duda sobre su auténtica vocación, si política o literaria: «Muchas veces he pensado que yo valgo más para la política que para la literatura», escribe en su diario. No acaba de aclararse: después de sopesar las razones que pueden inclinarle a la una o a la otra, concluye su larga meditación con una resignada sentencia: «Es preferible dedicarse a lo que puede hacer uno solo». Y solo vuelve a meterse, quizá por resolver su incertidumbre, en aquel personaje que fue en su adolescencia y se decide a terminar *El jardín de los frailes*, que había dejado colgado del capítulo 12 en sus entregas a *La Pluma*. Azaña protesta de los críticos «menos sagaces» que atribuyeron a su libro un contenido autobiográfico, pero lo cierto es que, mientras lo terminaba, una parte de su vida «se removió hasta los poros». *El jardín* rezuma experiencias y sentimientos personales, del mismo modo que en *La Corona*, un drama de amor y de política, que Margarita Xirgu consideraba lento y excesivo, los sentimientos de los personajes traducen los del aprendiz de dramaturgo, que ha puesto en sus diálogos la ternura que en aquellos momentos sentía hacia la «pequeña» Lola Rivas, cuya varita había despertado en un «vieux coeur, viejo y todavía ansioso, quimérico, un raudal».

Azaña se había enamorado de la hermana de Cipriano, su amigo íntimo. La situación, que le parecía absurda y un punto ridícula, se resolvió casándose como Dios manda, con ceremonia en los Jerónimos y espléndido *lunch* seguido de animado baile en un hotel céntrico, según contaba *El Sol*. Era el 27 de febrero de 1929 y el novio figurará desde junio de ese año como Oficial Jefe de Sección de Segunda Clase del Cuerpo Técnico de Letrados del Ministerio de Gracia y Justicia, con un haber anual de once mil pesetas. En resumen, un funcionario bien situado, casado a edad más que madura con la hermana menor de su mejor amigo, trasnochador, aficionado a los largos paseos, amante del teatro pero escasamente dotado como dramaturgo, con aficiones literarias e inquietudes políticas, con amistades en el mundo intelectual y político madrileño y muy convencido de que, por circunstancias adversas o por su propia indolencia y nula afición al medro, había dejado pasar el tiempo sin saber a ciencia cierta si era un literato o un político. Tal vez si las circunstancias cambiasen...

Y sí, las circunstancias cambiaron desde principios del año siguiente: Primo de Rivera, falto de apoyo regio, se fue y la gente comenzó a salir a la calle. El clima social y político cambió como por ensalmo. Las convocatorias se multiplicaban, las

PRESENTACIÓN

manifestaciones se repetían, los jóvenes abarrotaban los locales en los que algún político, de la situación o de la oposición, venía a echar un discurso del que se esperaba una definición por la monarquía o por la república. Azaña, que se había definido años antes, no tardó nada en volver a tomar la palabra y en ocupar un puesto de primera línea en la oposición al régimen tras su elección como presidente del Ateneo de Madrid. Él también salió a la calle, con un manifiesto de presentación del grupo de Acción Republicana en el que se proponía la reunión de todos los esfuerzos «para restaurar en España la libertad por medio de la República. Nada más. Nada menos». Es lo que venía diciendo desde 1923: identificación de libertad o democracia con república, y unión de todos para instaurarla. Escritas en 1930, esas palabras significan el rechazo de cualquier movimiento para encontrar una salida constitucional a la monarquía.

Desde que fue posible recuperar la voz, Azaña reanuda sus encuentros con públicos cada vez más numerosos a los que pretende transmitir la emoción política proponiendo como meta la revolución que instaure la república, como será el caso en el banquete para festejar el 11 de febrero el aniversario de la primera República. Luego, con ocasión del viaje de intelectuales madrileños a Barcelona, expone una idea de España en la que quepa una Cataluña gobernada por las instituciones que quiera darse mediante la manifestación libre de su propia voluntad. Y aunque no desecha la posibilidad de que Cataluña algún día reme sola en su navío, el horizonte que propone a los catalanes es el de la obra común que ha de interesar por igual a unos y otros: la creación de un Estado nuevo en el que todos puedan vivir. A eso, añade, se suele llamar lisamente revolución; Estado nuevo que ha de salir de la voluntad popular, y a eso se llama república. Revolución y república que serán evocadas de nuevo a finales de septiembre ante «las Cortes espontáneas de la revolución popular» que Azaña ve en el pueblo congregado en la plaza de toros de Madrid cuando se dirige al monarca y le dice: «No nos da la gana de seguir siendo vasallos: queremos libertad».

Además de todo este trabajo de organización y agitación políticas, Azaña saca tiempo para publicar *Valera en Italia* y una recopilación de artículos bajo el título de *Plumas y palabras*, e impartir una conferencia en el Lyceum Club Femenino sobre un tema bien alejado de las inquietudes del presente: «Cervantes y la invención del Quijote». Cuando en noviembre de 1930 pronuncie la conferencia inaugural de curso, el Ateneo de Madrid, que presidía desde el mes de junio, acoge las reuniones del comité revolucionario constituido por varios partidos republicanos en agosto del mismo año en San Sebastián y ampliado en octubre con la incorporación del Partido Socialista y de la UGT. Desde el fin del verano, el movimiento por la república había crecido incontenible por las calles de Madrid y todo el mundo que contaba en la vida intelectual y política se había definido ya por la república, incluso Ortega, que acababa de hacerlo. Con su recorrido por *Tres generaciones del Ateneo*, Azaña pretende recabar los mayores apoyos para esa acción por la república y de culminar la revolución, que sin embargo ya no podrá ser como en sus primeros pasos, puramente burguesa, sino que necesita el entronque con aquellas fuerzas populares evocadas en los primeros años de dictadura: no se trata únicamente de transformar el Estado; se trata de hacerse con el Estado para rehacer la sociedad.

De manera que este año de definiciones acabó por fundir un impulso que, arrancando en torno al 98, atraviesa a la generación del 14 y se expresa ahora en la

PRESENTACIÓN

común exigencia de destrucción de lo existente. Que la monarquía tenía que ser destruida fue convicción muy extendida entre amplios sectores de la clase media y del mundo intelectual. Otra cosa es qué clase de república habría que poner en su lugar. Mientras se fue aclarando el enigma, y como resultado del fracaso de la huelga general y de la intentona insurreccional del 15 de diciembre, Azaña, sin olvidarse de solicitar en buena y debida forma una licencia de trabajo por motivos personales, buscó refugio en casa de su suegro. Allí, retirado de la actividad política, «se dio a escribir la novela que dos años atrás le inspiraba la sugestión de un título caprichoso: *Fresdeval*», interrumpida indefinidamente por la proclamación de la República el 14 de abril de 1931. Los proyectos literarios tendrán que esperar; a partir de ese día, será menester ocuparse todo el tiempo de política.

SANTOS JULIÁ